

Filosofando

Misterio de la persona.
Meditación sobre el misterio cristiano.
Luis Armando Aguilar Sahagún

El ser humano encuentra en las distintas religiones claves para comprenderse a sí mismo. El cristianismo contiene algunas de estas claves sobre el misterio del hombre que parten de la comprensión del misterio de Dios; y de Dios, partiendo de lo que es el hombre. La paradoja de esta remisión recíproca se resuelve sólo si Dios mismo se revela en un hombre, al punto de identificarse con él. De no ser así, Dios sería, como afirma Ludwig Feuerbach, sólo una proyección del hombre. La afirmación de que Dios se ha revelado y comunicado de forma definitiva en un hombre, es el centro de la fe cristiana. Las siguientes reflexiones buscan una comprensión de lo que esto pueda significar tomando como punto de referencia, siguiendo la inspiración de Emmanuel Lévinas, la significación del rostro, concretamente, el de Jesús de Nazaret. Si se las lee suponiendo la fe, tendrán un carácter eminentemente teológico. Si se prescinde de ellas, pueden ser leídas como un acercamiento filosófico al misterio cristiano. Un Dios tan discreto como para ocultarse en su propia creación, de modo que sea ella obra que resplandece y se desarrolla por sí misma; de modo que lo que es y lo que en ella es vida, lo es como por sí misma, como pura remisión a su fuente; un Dios así bien pudo tener tal discreción como para “ser carne”, hacerse hombre, andar por la tierra, sufrir, morir... Ese es el Dios de los cristianos.

Estos son hechos que nos resultan difíciles de creer, más por su grandeza que por resultarnos extraños. Nos serían sucesos extraños si no fuéramos hombres que se reconocen radicalmente dependientes de una fuente primera a la que llamamos Dios.

Por la gratuidad que nos da el ser y que constituye al mundo, podemos identificar este Dios como “amor originario”. Es incomprensible que seamos creados, creaturas, y al mismo tiempo, no tenemos mejor explicación. En el mismo hombre es posible descubrir lo que atribuimos a todas las cosas cuando vemos en ellas “un resplandor prestado”, incluso una invocación y una alabanza. Cada árbol es un salmo, el canto de cada una de las aves, parte de una sinfonía cósmica; cada voz humana posee un timbre inconfundible en el coro de una humanidad formada por mujeres y hombres que llevan y son la imagen de su Creador; que llevan y son su semejanza o están en proceso de alcanzarla, como parte de una creación aún en curso...

No es cuestión de duda sino de extrañamiento que Dios pueda empequeñecerse. A ese Dios la fe cristiana le ha llamado “El Hijo” y como a tal le rinde el mismo culto de adoración del misterio del Dios único en el que el pueblo de Israel ya había reconocido rasgos de paternidad.

Es de asombrarse mucho que el Hijo – y en él, el Padre- se haya hecho tan vulnerable. Que se haya “despojado” de todo lo que corresponde a la divinidad, exponiéndose a tanto mal, a tanta burla y escarnio, como consta en los relatos de la Pasión de Jesús; que la divinidad se haya como escondido en la humanidad (Ignacio de Loyola) al punto de ya no poder reconocerla.

El cristianismo vive de este asombro inagotable. No sabe decirlo bien ni pretende agotarlo, pero los testimonios de su historia muestran que es un verdadero logro del espíritu el poder

llamar a Jesús, “Dios Hijo”, “Eterno Señor de todas las cosas”, sin pretender resolver la paradoja de su empequeñecimiento, de la constatación de su cabal humanidad y vulnerabilidad y sin merma de la afirmación radical de la unicidad de Dios. Estas fórmulas quedaron consignadas en las confesiones de fe (credos), en las que se sintetizan ocho siglos de reflexión sobre el sentido del Dios que ha intervenido en la historia y se ha comunicado del todo en un hombre particular.

El Dios de los cristianos tiene el rostro de un hombre, el de Jesús. Pero no es, simplemente el “rostro del Otro”, que se atestigua en la responsabilidad ética por el huérfano y la viuda (Lévinas). Jesús de Nazareth es el rostro de Dios y no tiene otro.

Esta afirmación vuelve a ser insuficiente. Los cristianos leyeron las escrituras como lo hizo el mismo Jesús. Y en ellas encontraron, como muy seguramente él también, figuras previas – el profeta Jonás, Isaac hijo único del patriarca Abraham, “Hijo del Hombre”, “hijo de David”, “Mesías”, “segundo Adán”-, claves para interpretar y comprender la vida y misión de Jesús Nazareno. Entre ellas, de manera central, la del “siervo de Yahvé”, el “varón de dolores que no tenía rostro reconocible” ampliamente descrita en sus rasgos y actitudes por el profeta Isaías, varios siglos atrás. El rostro de Jesús quedó, a no dudarlo, irreconocible en el suplicio al que se le sometió. “He aquí al hombre”. Es significativo que esta afirmación sea puesta en labios de un gobernador tan cruel, cínico y cobarde como debió ser el procurador Poncio Pilato. *Ecce homo*. ¿Quién es el hombre? Esta pregunta ha rondado en las mentes de todos los siglos. “Helo aquí”, al Dios empequeñecido; he aquí la carne humana del Hijo de Dios; he aquí al que dijo: “lo que hiciste con cualquiera de estos pequeños, a mí me lo hiciste”.

Jesucristo, rostro de Dios. El hombre, rostro de Jesucristo. Es este el enorme misterio cristiano. En esto se podría sintetizar, tal vez, su enorme y poderosa afirmación. Por eso tienen razón los que hablan de “los crucificados de la historia” (por ejemplo Mons. Arnulfo Romero); por eso también, decía Pablo de Tarso, el judío converso, que “padece dolores de parto hasta no ver reproducido el rostro de Cristo” en quienes comunicaba su fe. El rostro, entonces, llega a formarse o a deformarse, de manera única, en cada ser humano.

Jesús llegó a ser Jesús, el Cristo, creciendo, decidiendo, amando, entregándose, padeciendo, muriendo, y siendo devuelto a la vida, por Dios. He aquí al hombre. No es otro, para los cristianos, el camino de cada ser humano. Sea confesional, sea anónimamente (K. Rahner).

El “siervo de Yahvé” es uno solo y son muchos a la vez. El “rostro irreconocible” en una vasta población de la tierra, es significación en sí mismo, porque es el rostro de alguien concreto de cada persona.

Al mismo tiempo, el rostro del hombre, es remisión a Jesús, el Hijo a quien se ha entendido como el modelo original que sirvió a Dios Padre para crear al hombre (Ireneo de Lyon). El hombre, hecho a semejanza de Cristo, tiene por vocación reproducir su imagen. El rostro irreconocible del siervo de Yahvé espera un sudario que quite la sangre de sus ojos, un vaso de agua en el camino del Gólgota, agradece el gesto de un voluntario que cargue con su cruz un tramo de su cuesta. Cuesta hasta la muerte, que Jesús anunció y comprendió como su “Pascua”, su paso a la gloria de Dios Padre. Rostro irreconocible, radiante de gloria y demasiado familiar, como el de un hortelano, que se deja tocar, que sigue llagado y saluda fundando la paz, que come un pescado, y al mismo tiempo “se sustrae” como cuerpo de gloria a los límites espacio temporales.

En el cristianismo sigue siendo válido que “a Dios nadie lo ha visto nunca” porque “sólo el Unigénito nos lo ha revelado” (Primera Carta de Juan). No se le ve, pero se le presiente. Se busca conocerle, y se espera en él. Se le reconoce fuente de amor. A Él, en la unión con su Padre, se le ha llamado “El amor”, sin más. Posteriormente, las reflexiones cristológicas llevarán a reconocer la misma divinidad al “Espíritu”, de modo que el Dios de los cristianos, siendo uno y único, será un Dios tripersonal. En cada fase, en cada momento, en cada etapa y situación de la vida, el hombre es “rostro de Cristo”, reconocible o irreconocible. Y en cada hombre, Cristo, en una cercanía incomprensible.

Entre incontables luchas sangrientas y catástrofes, la humanidad se muestra como súplica de misericordia, como petición de paz y acción de gracias, incapaz de hacerse justicia a sí misma y darse a sí misma la salvación. La humanidad es necesidad de perdón y de comprender, viviendo a fondo, lo que significan la justicia y la solidaridad humana, que traducen en el mundo secular el sentido cristiano de la fraternidad, por la unión con Dios y la filiación divina.

Cada ser humano exhibe en su fragilidad la enorme indigencia de su ser, su constitutiva indigencia; en el culmen de sus logros, su contingencia radical, por incapacidad de darse a sí mismo el ser y la felicidad que mueve todas sus empresas. El cristianismo lee en ella la necesidad de llegar a ser “hijo adoptivo”, siendo ya, misteriosamente, “cuerpo de Cristo”, incomprensible misterio de comunión con Dios, por la humanidad de Jesús, el Hijo. Por él, la humanidad de Dios somos nosotros. Porque “nuestro es lo que, por tres días, yació escondido en el sepulcro y, al tercer día, resucitó; lo que ascendió sobre todas las alturas de los cielos hasta la majestad paterna...” (San León Magno).

Jesucristo está vivo en el Dios que da la vida. Esta fe es el pilar del cristianismo. Su ser y su vida resultan incomprensibles si no se contempla en él la propia carne del hombre. El peregrinar de los hombres, de cada uno y de todos, tiene en esta experiencia una nueva clave de comprensión. Como el Cristo, el Hijo, de quien se afirma que vino de Dios y a Dios ha vuelto (Evanglio de Juan), así caminan los hombres hacia el Padre, movidos por la fuerza de su Espíritu, reproduciendo cada uno, a su modo, el rostro de Cristo. Los gritos y dolores del hombre no son sólo un eco, sino prolongación de los del rostro en tierra del huerto de los olivos. Sus gozos y sus logros son indicios de su triunfo.